

MICROANTOLO

ALDO TORRES

XXX

¡Qué realidad más brutal! ¡Qué días nos traemos!
De los cuatro rincones malditos de mi pieza,
Paul Verlaine, su fantasma, surge con pasos ebrios.
La escoba de la lluvia le despeja la tierra.

El aire se hace duro para sus francos blandos.
Mira todo con ojos tristes, acostumbrados.
Sus sórdidas narices, un pañuelo... Sus pasos,
lentamente aéreos, tienden a los tejados.

Mis ojos lo persiguen igual que a sombra humana.
Penuria de su imagen proyectada al vacío.
Andando entre la lluvia, por las tejas mojadas,
su verso, todavía, muerde y mata al hastío.

Morir en los senderos que las bestias caminan.
Arrancarse del pecho lo que todos lloramos.
Vivir la propia muerte. Morir toda la vida.
Posteridad, ya sabes cómo aquí nos gastamos.

(De «Otoño encuadernado»)

MADERAS DE MI TIERRA

Maderas, sí, maderas, maderas de mi tierra.
¡Oh lejana esmeralda del cielo de mi infancia!
Aquí grabo los números de tu verde asamblea,
ya despedida... Adioses. Sacrificios. Fantasmas.

El lingue, el roble, el peumo, el radal, la araucaria
—diente de fuego, torre, embriaguez, ternura, umbela—
y el avellano, delta de simétricas aguas,
que por el aire brinda su breve pan de estrellas.

Testigos de mis días de instinto y de batalla
por extraer el oro que en los años alienta,
cómo negarles, cómo negarles alma humana,
si en mi ser vibran todas sus reuniones secretas.

Cómo callar el nombre del ulmo que en sus altas
fábricas elabora fino licor de abejas,
y el nombre del canelo, tienda de piel sagrada
donde la historia muerde el pezón de la leyenda.

¡Oh lejana esmeralda del cielo de mi infancia!
Helechos viboreznos. Tanta raíz sedienta.
Luma legal y fuerte. domadora del hacha.
Temo fluvial. Y savias siempre en la línea recta.

Pellines pudorosos que desnudan las sierras,
todavía me duelen y abrasan vuestras lágrimas.
Y pienso en los estíos y en sus crueles hogueras,
y en la ceniza en donde los trigos se derraman.

Maderas, sí, maderas, maderas de mi tierra,
que vuelen vuestros nombres en mis frágiles alas,
en previsión del día implacable en que me muera.
¡Oh lejana esmeralda del cielo de mi infancia!

(De «Memoria Permanente»)



Aldo Torres nace en Chile en 1910. Estudia en la Universidad de Concepción. Es profesor de inglés del Liceo n.º 2 de Santiago de Chile. Funcionario del Instituto de Investigaciones Pedagógicas dependiente del Ministerio de Educación de Chile. Publica «Imágenes Silvestres», «Corbán», «Otoño Encuadernado» y «Memoria Permanente». Tiene para editar: «El pensamiento y la palabra». (Ensayos de Literatura chilena).

Es colaborador de «Atenea», órgano de la Universidad de Concepción; «Anales», de la Universidad de Chile y de la Prensa de Santiago de Chile; «La nación», «El Mercurio» y otros de éste y de diversos países.

Prepara «Las primaveras del abismo» (prosa) y un libro de poesías, algunos ensayos literarios y su obra «Vacaciones de España»